

diferentes objetos de industria artística, como vidrio y cerámica, es lo que más abunda.

Los vasos emporitanos han adquirido importancia suma, no solamente por la maravillosa ejecución de los asuntos ornamentales, sino también por las representaciones mitológicas que ofrecen, por más que hemos de considerar gran parte de dichos objetos como género de importación.

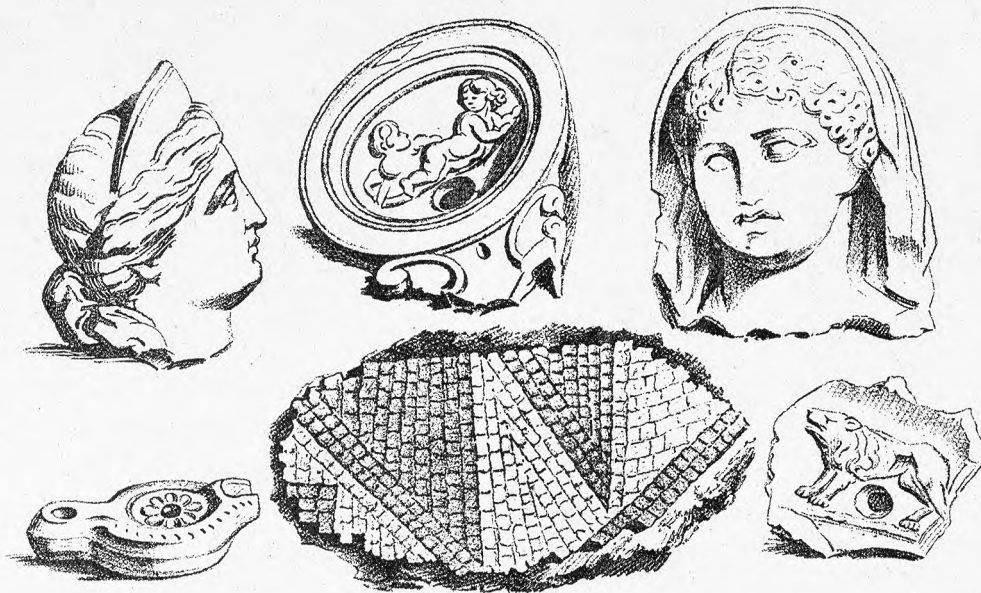
La influencia de aquel pueblo y su relación con el indígena, la vemos quizá más marcada en los ejemplares numismáticos de Rosas y Ampurias de los siglos IV y III antes de Jesucristo, y en los símbolos de las monedas fenicias y cartaginesas, adoptando los emblemas que tan pródigamente vemos reproducidos en las de procedencia helénica; por más que son en gran número las monedas autónomas de aquel tiempo que ostentan tipos indígenas.

tado alianzas entre Masalia y las poblaciones ibéricas últimamente mencionadas.

DOMINACIÓN CARTAGINESA.—Las diferencias habidas entre los indígenas y los fenicios en el Mediodía de la Península, motivó la intervención armada de Cartago, que deseaba extender su influencia por el Occidente, como así lo verificó paulatinamente, pues consta que en el siglo VI antes de J. C., Himilcon y Hamnon hicieron una expedición por las costas del S. y O. de la Península y dos siglos más tarde eran en gran número las factorías cartaginesas que existían más

allá de las Columnas de Hércules. Herederos los cartagineses de la expansión fenicia en nuestras costas, intentaron extenderse a expensas de sus rivales los griegos, que continuaron dominando en las comarcas de Levante.

El poderío de Cartago había ido en aumento, pero en su afán de dominio del Mediterráneo, en la isla de Sicilia chocó con otro pueblo joven y ambicioso, cual era el ro-



Cabezas de mármol griegas y otras antigüedades, encontradas en Denia (Alicante)



Cabeza marmórea de Palas Atenea, encontrada en Denia (Alicante)



Vaso de fábrica griega-italica, encontrado en Ampurias (Gerona)

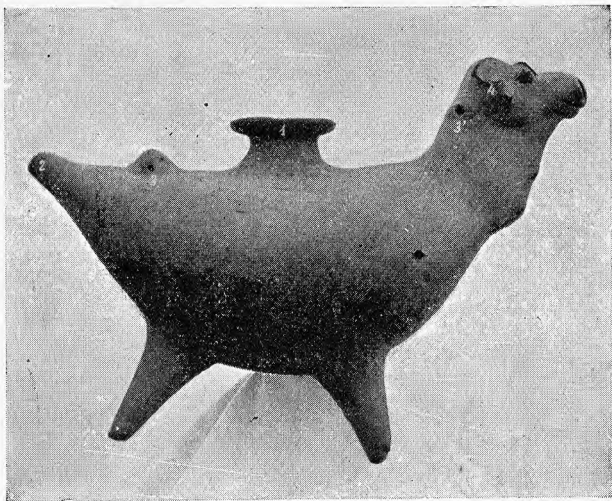
Como particularidad sobre este asunto, debe hacerse notar la existencia de pequeñas monedas de plata con epígrafes y tipos de Masalia e Ilerda (Lérida) unidos; y de Masalia y Sagunto, lo cual parece indicar haberse con-

mano, iniciándose la primera de las guerras púnicas hacia el año 241 antes de J. C., en virtud de la cual tuvieron que abandonar los cartagineses aquella isla.

Pensó Cartago en el desquite, y, para compensarse, en parte, de la pérdida de Sicilia, dedicó toda su actividad y poderío militar a la Península Ibérica, confiando al general

Amílcar Barca la conquista de nuevos territorios, a cuyo efecto desembarcó en nuestras costas allá por el año 236

Encargado Anibal (hijo de Amílcar) del ejército peninsular, reorganizó sus fuerzas, hizo algunas expediciones



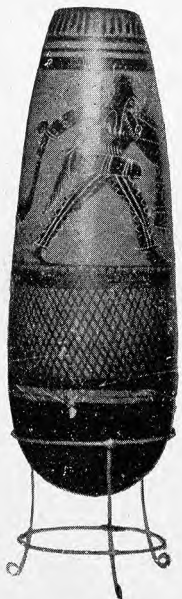
Vaso de fábrica griega (Ampurias, Gerona)



Vasos de vidrios de colores (Ampurias, Gerona)

antes de Jesucristo. Con algunos pueblos pudo Amílcar pactar alianzas, pero en otros encontró tenaz resistencia,

hacia el interior y prosiguió su campaña en las regiones de Levante, para dirigirse hacia Italia, violando lo convenido



Vaso de fábrica griega (Ampurias, Gerona)



Mosaico de una casa emporitana, formado por piedras de colores (La Escala, Gerona)



Vaso de fábrica griega (Ampurias, Gerona)

habiendo llegado hasta nosotros los nombres de Istolacio e Indortes, caudillos de los Turdetanos y Lusitanos, respectivamente; Orisson, jefe ibero, y la localidad de *Elice*, los cuales se hicieron célebres por su tenacidad contra los invasores.

Asdrúbal sucedió a Amílcar en el mando del ejército; procuró atraerse los indígenas, manteniendo conciliadoras relaciones con ellos; y fundó la ciudad *Cáthago Nova* (Cartagena), erigiéndola en capital del territorio conquistado, que gobernaban los generales cartagineses, con cierta autonomía respecto del Estado, cuya representación ostentaban.

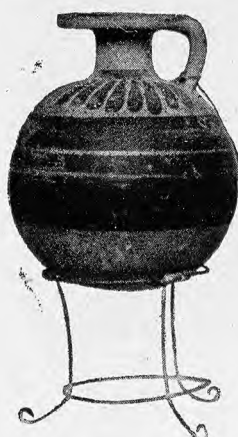
con Roma, de que los cartagineses no pasarían el Ebro en sus correrías por la Península.

El antagonismo existente entre los cartagineses y las colonias griegas del litoral Mediterráneo y la prevención y desconfianza con que los primeros eran mirados por los romanos, hizo que éstos entablasen relaciones y estipulasen convenios de alianza con las referidas colonias y muy especialmente con la de Emporion.

Pretenden algunos autores romanos que Sagunto tenía el carácter de ciudad aliada de Roma, lo cual no se ha puesto en claro; pero lo cierto es que habiéndose suscitado algunas cuestiones con otros pueblos apoyados por los cartagineses, fué dicha ciudad atacada por Anibal.



Vaso de fábrica griega (Ampurias, Gerona)



Vaso de fábrica griega (Ampurias, Gerona)

Protestaron los romanos ante el Senado cartaginés, sin conseguir resultado alguno; antes al contrario, pues habiéndose de fiar Sagunto de sus propias fuerzas, tuvo que sucumbir después de heroica resistencia, que ha inmortalizado su nombre.

Después de este hecho, empieza la formidable guerra entre Roma y Cartago (año 218 antes de J. C.), decidiéndose la suerte por la primera de dichas naciones.

Al principio se encaminó Aníbal hacia los Pirineos, debiendo luchar con varias tribus indígenas y colonias griegas que le interceptaban el paso en las regiones de la actual Valencia y Cataluña, en dirección de Italia, mientras Cneo Scipion desembarcaba en Ampurias y vencía al ejército cartaginés que había quedado en Cataluña. Contando el general romano con el apoyo de los naturales y de las colonias griegas, siguió su marcha hacia el S., y, unido con su hermano Publio Scipion, venció a los cartagineses mandados por Asdrúbal.

Organizose nuevamente el cartaginés con los refuerzos recibidos de la metrópoli, alcanzando un señalado triunfo



Excavaciones en la ciudad de Ampurias (Gerona)

sobre los Scipiones, que murieron por el año 211 antes de J. C.

Mandados por C. Marcio, los romanos se rehicieron de los descalabros sufridos, y, con el auxilio de Claudio Nerón, obtuvieron una decisiva victoria contra Asdrúbal.

Para continuar la guerra en la Península, Roma envió al hijo de uno de los Scipiones muertos, llamado Publio Cornelio Scipion, quien supo congraciarse con los naturales, que le ayudaron en la toma de Cartago Nova (Cartagena), continuando sus armas triunfadoras hacia el Mediodía, hasta la completa expulsión de los cartagineses en el año 206, continuando, no obstante, la guerra en el Norte de África, que terminó con la destrucción de Cartago en el año 146 antes de J. C.

Durante la dominación cartaginesa fué Cartagena, su capital, una de las primeras plazas comerciales, juntamente con Agadir (Cádiz) y Ebussus (Ibiza). El alfabeto y la religión cartaginesa, se extendieron considerablemente, y si bien no tenemos importantes monumentos que podamos atribuirles, poseemos algunos vestigios y los dibujos de sus monedas, constándonos que erigieron templos y palacios y no descuidaron en absoluto las obras públicas, correspondiendo a dicha época muchos de los objetos tenidos por fenicios, persistiendo en parte el carácter de este último pueblo gracias a aquella dominación, lo mismo que las leyendas púnicas de algunas monedas.

DOMINACIÓN ROMANA.—El largo período de seis siglos

que estuvo la Península bajo el dominio romano, comprende tres épocas bien caracterizadas: la primera abarca desde el año 218 antes de Jesucristo hasta el 14 de la Era Cristiana, o sea la conquista y consolidación de dicho dominio, que termina con el reinado de Augusto; la segunda llega hasta el reinado de Constantino (año 306), y la ter-



Monedas consulares romanas ostentando la cabeza de Apolo

cera, de cristianización y decadencia del Imperio, se prolonga hasta la época visigoda (año 416).

Ya hemos manifestado anteriormente que la Península era habitada por diversidad de pueblos independientes entre sí, a los cuales tuvieron que someter los romanos con la fuerza de las armas o por medio de alianzas.

Hallándose todavía Scipion en Cartagena, se levantaron en armas los caudillos ilergetes Indibil y Mandonio, quienes fueron subyugados de momento, pero se lanzaron otra vez a la lucha al salir Scipion de España, teniendo sublevada aquella región por espacio de largo tiempo, hasta que fueron definitivamente sometidos, pagando con la muerte su indómito carácter.

En el Centro y Oeste de la Península, los levantamientos eran continuos, así es que la guerra se hacía interminable.

Hacia el año 197 antes de Jesucristo, vino el prestigioso general romano Marco Porcio Catón, quien logró apaciguar dichas tribus después de tomar severísimas medidas de represión respecto de los vencidos.

No por esto cesaron las revueltas, especialmente en las comarcas ocupadas por los lusitanos, carpetanos, vacceos,



Acuñaiones de Cneo Pompeyo Magno en Hispania

vetones y celtiberos, quedando finalmente sometidas después de cruentas luchas.

Por el año 179 encargose Tiberio Graco del gobierno de la Península, afianzando la dominación romana gracias a la manera apacible con que supo tratar a los indígenas, procurando alianzas e inteligencias con ellos, que dieron por resultado un período de relativa paz.

Nuevamente se levantaron los lusitanos, al mando de Punicus, y los vetones, hacia el año 152, movimiento que repercutió en las tribus arévacas, encerrándose en Numan-

cia. Desde esta importante plaza celtibera (cerca de Soria), los indígenas hostilizaron a las legiones romanas y se apoderaron de alguna de sus ciudades, que recobró Marco C. Marcelo concertando la paz con aquella tribu, mientras seguía la guerra en otras comarcas y especialmente en la Lusitania.

Al frente de este último pueblo apareció el intrépido caudillo Viriato, que tanto realce adquirió en sus continuas luchas con los generales romanos, apoyado por los carpetanos, vacceos y arévacos, campaña que terminó con el asesinato de aquel heroico guerrillero.

Numancia, que venía a constituir la capitalidad de una confederación en la que entraban diversas agrupaciones de pueblos, viose otra vez atacada por Q. Pompeyo Rufo, quien tuvo que firmar un tratado de paz, que no solamente no fué aceptado por el Senado romano, sino que éste envió al general Scipión Emiliano al frente de un poderoso ejército, auxiliado por tropas africanas mandadas por Iugurta. Sitiados los numantinos, por los años 134 al 132 antes de J. C., de ninguna manera aceptaron las condiciones que les imponían para rendir la plaza; y prefirieron incendiar la ciudad y morir gloriosamente antes que vivir oprimidos, dejando escri-

ta una de las más brillantes páginas de nuestra historia.

Poco tiempo después (año 123 antes de J. C.), los romanos se apoderaron de las Baleares, y sostuvieron varias guerras con lusitanos y celtiberos, hasta el año 94 antes de J. C.

La desmesurada ambición de algunos generales romanos, promovió serios disgustos en aquella república, hasta el extremo de que Sulla o Sylva se erigiese en dictador. Sus disposiciones no serían muy acertadas cuando dieron lugar a cruentas guerras civiles, desarrollándose en nuestra Península la que promovió Sertorio, enemigo declarado de aquél.

Hacia el año 80 logró sublevar muchas tribus y dominó en la mayor parte del territorio, que dividió en dos provincias: la Lusitania, al O., cuya capital era Eborá (Evora, en

Portugal) y en el centro la Celtiberia, teniendo su capitalidad en Osca (Huesca).

No era su intento crear un gobierno independiente, antes bien una poderosa fuerza que le sirviese de punto de apoyo para escalar el gobierno de Roma. En el año 77 se le unió otro general llamado Perpenna, enemigo asimismo de Sulla, pero el Senado Romano envió a Pompeyo para sofocar la rebelión, que tanto incremento había tomado en

la Península. El primer acto de Sertorio fué aislar el ejército de Pompeyo, del que luchaba a las órdenes de Metelo, sin que lo consiguiera, siendo vencido en las inmediaciones de Sagunto.

La suerte seguía indecisa entre unos y otros combatientes, hasta que fué asesinado Sertorio en el año 72 antes de J. C., y, por más que Perpenna se hizo cargo de las fuerzas insurreccionadas, fueron éstas vencidas, levantándose en el *Summum Pyrineum* un monumento conmemorativo de estas victorias, conocido por *Troteos de Pompeyo*.

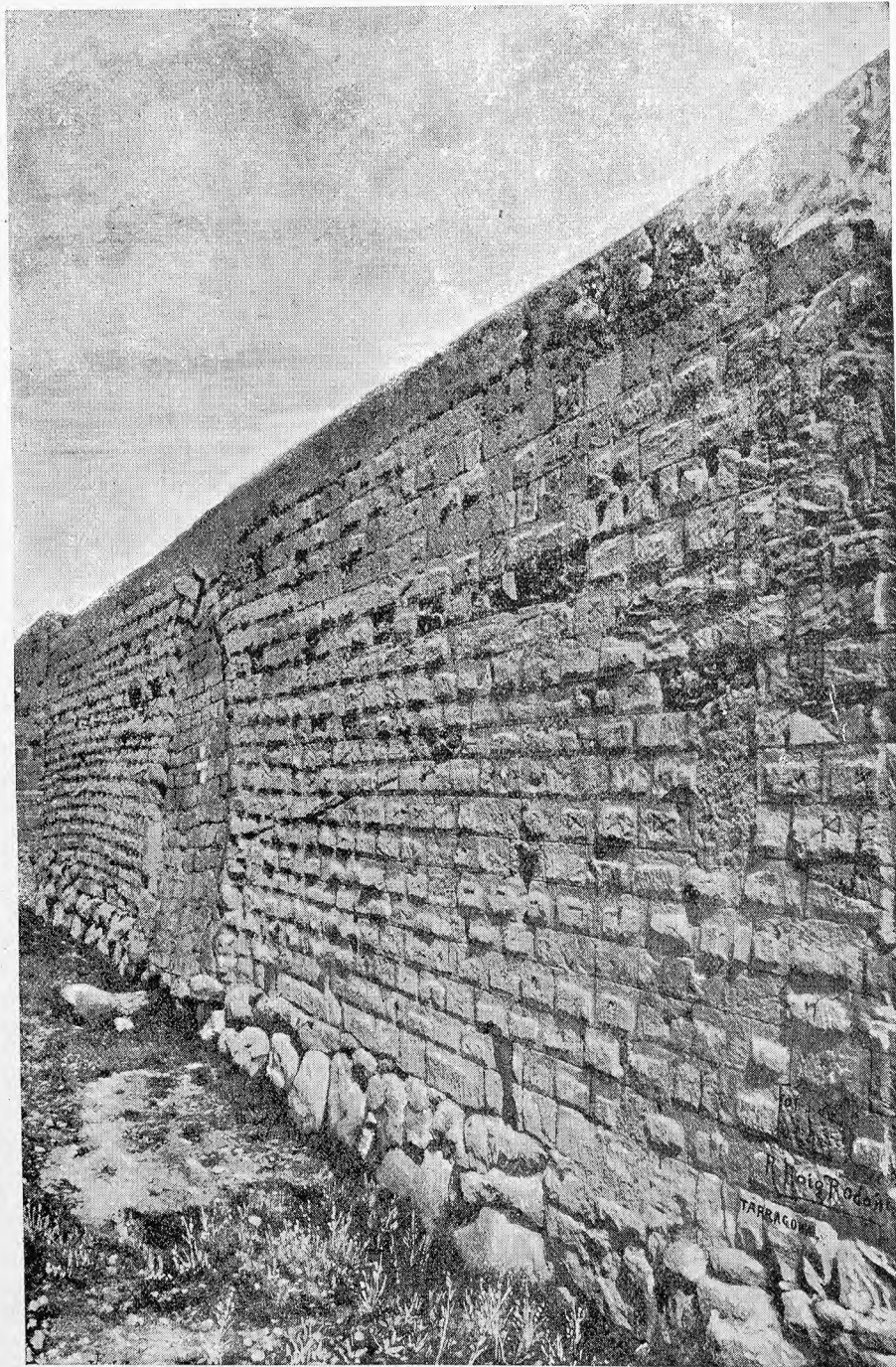
Las rebeliones ibéricas continuaron, no obstante el arraigo que había tomado ya la dominación romana; de suerte que el año 61 viene Cayo Julio César a subyugar a los lusitanos y gallegos que se habían levantado en armas.

Posteriormente se registra la formidable insurrección de

las Galias, amparada por varias tribus ibéricas, mientras que Q. Metelo Nepos apaciguaba el país de los vacceos.

Una nueva guerra civil estalló en Roma. Para satisfacer las desmesuradas ambiciones de poder, habíase formado el triunvirato de César, Pompeyo y Craso; pero muerto este último, en el año 51 se disputaron el poder César y Pompeyo, repercutiendo en la Península esta perturbación, de tal suerte que vino personalmente Julio César y en los campos de Lérica derrotó completamente a los generales Afranio y Petreyo, partidarios de Pompeyo, quedando César dueño de España después de la capitulación de Varrón en Cádiz.

Elegido César dictador en el año 48, venció a Pompeyo en la Tesalia; se apoderó de las Baleares, y, vuelto a España, dió el golpe mortal a aquella insurrección en la



Muralla romana (Tarragona)

Las *Colonias* eran ciudades fundadas por gentes venidas de Roma o del Lacio o por soldados veteranos, a quienes se habían distribuido tierras, es decir, que tenían un carácter eminentemente romano. Ostentaban el título de *municipios* aquellas poblaciones que, sin tener origen romano, disfrutaban de iguales derechos que la metrópoli, y eran conocidas por ciudades *latinas* aquellas que gozaban de los mismos derechos que las poblaciones del Lacio; había también las *castrenses*, formadas alrededor de los campamentos, que fácilmente se convertían en *colonias*, y además los *distritos mineros*, etc.

Durante la conquista, la romanización de la Península fué muy lenta. La región meridional, o sea la *Bética*, se amoldó con más facilidad a las costumbres y gustos de los conquistadores, de suerte que en el siglo I de nuestra era sus ciudades ofrecían un aspecto eminentemente romano, carácter que se dejó sentir también en la parte occidental.

En las regiones de Levante, aparte de poblaciones tan importantes como Tarragona, Sagunto y Cartagena, que se hallaban más directamente relacionadas con la metrópoli, la asimilación no se dejó sentir, hasta las campañas de César, y aún costó mucho más en las comarcas del Centro y Norte de la Península, que sostuvieron prolongadas luchas contra los invasores, las cuales no terminaron hasta los tiempos de Augusto, acentuándose desde entonces la influencia romana en todos los órdenes.

Con el advenimiento del imperio, la romanización de la Península adelantó a pasos agigantados, y quedó enteramente identificada con la metrópoli en sus leyes, costumbres y religión; olvidándose de su propia lengua, ya que, a partir del siglo I, son cada día más escasas las inscripciones ibéricas y las acuñaciones monetarias vienen a ser exclusivamente romanas.

Las relaciones y la intervención que tuvo España con el régimen imperial fueron muy notables; así es que el año 67 después de Jesucristo, Galba y Otón, que más

tarde fueron proclamados emperadores, desempeñaban el cargo de gobernadores de la Tarraconense y de la Lusitania, respectivamente.

En el año 69 fué agregada a la provincia de la Bética la parte Norte de África, conocida por Mauritania o Tingitania.

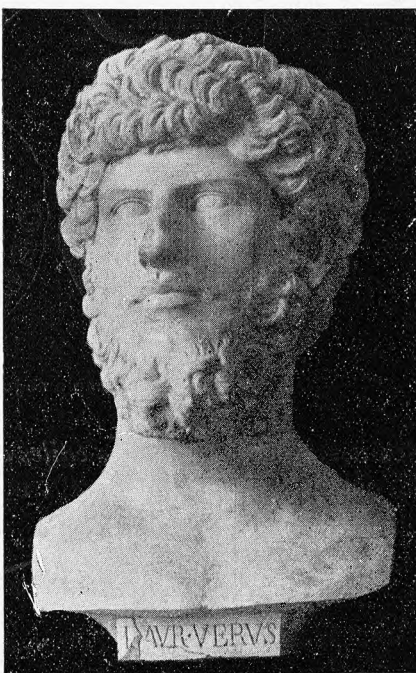
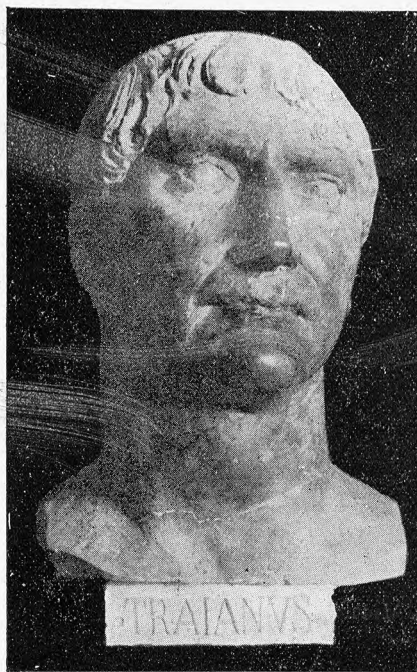
Bajo el imperio de Flavio Vespasiano (año 69-79), se concedió a las ciudades de España los derechos de las ciudades latinas, y muchas de aquéllas tomaron el sobrenombre de Flavia, correspondiente a la familia del emperador; recibieron gran impulso las obras públicas de nuestro país, guardándose asimismo excelentes recuerdos de los reinados de Tito y Nerva. Al entrar en el siglo II, ciñe la corona imperial Marco Ulpio Trajano, que era natural de Itálica, inmediata a Sevilla, al cual sucedió Adriano, oriundo asimismo de aquella localidad, figurando después Marco Aurelio, que también fué descendiente de padres españoles. Adriano estuvo en nuestra patria y se interesó por ella, lo propio que Alejandro Severo y Diocleciano lo hicieron en el siglo III y con posterioridad Teodosio, que era natural de la Península.

En tiempo de Antonino Caracalla (año 211-217), se separó de la Tarraconense la parte correspondien-

te a Galicia y Asturias, formando la *Nueva España Citerior Antonina*, conocida después por *Galaica* o gallega.

A últimos del siglo III, bajo el gobierno de Diocleciano, se distribuyó el vasto territorio del Imperio en grandes regiones, conocidas por *prefecturas*; éstas se dividían en *diócesis*, cada una de las cuales comprendía varias provincias. España constituyó una diócesis de la prefectura de las Galias y abarcaba cinco provincias, con la Cartaginense, de nueva creación, añadiéndose luego al gobierno peninsular la provincia Baleárica y la Mauritania Tingitania (N. de África).

Se designaba con el nombre de *Vicario* al gobernador general de la diócesis española, quien asumía los poderes civiles y militares. Tenía a su lado un cuerpo consultivo



Efigies de emperadores, encontradas en Tarragona

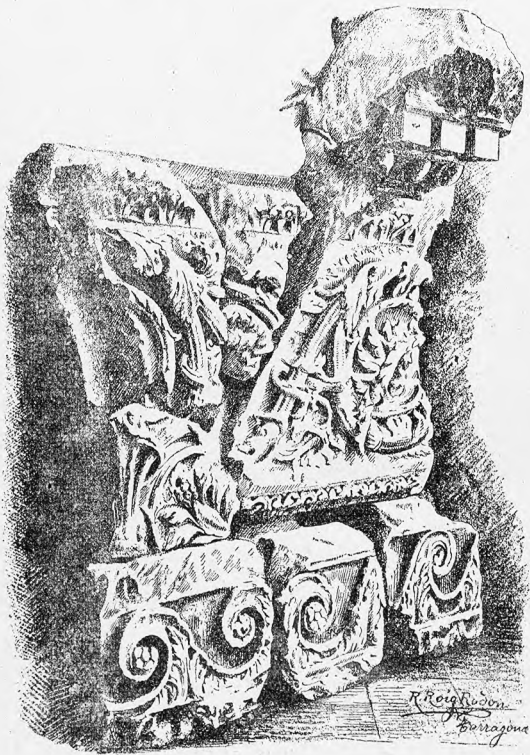
que periódicamente se reunía en asamblea en determinadas poblaciones, y número conveniente de jueces para la administración de justicia. Existían, además, en cada provincia, una especie de asambleas de carácter representativo y popular que venían a garantizar los derechos de los administrados, constituyéndose en fiscalizadores de los actos



Mosaico de Medusa (Tarragona)

del gobernador, a quien podían acusar enviando delegados a Roma.

El gobernador, al tomar posesión de la provincia, publicaba un *edicto provincial*, o sea el programa político con arreglo al cual debía proceder en el ejercicio de su cargo, promulgando *edictos* y *decretos* en casos especiales, no



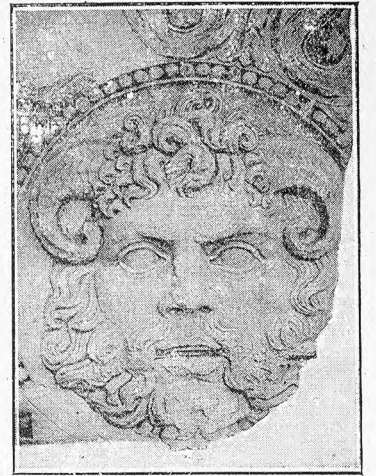
Cornisa y friso del templo de Júpiter (Tarragona)

obstante existir las leyes generales porque debía regirse el territorio, y las costumbres propias de los indígenas, que fueron en un principio respetadas y que desaparecieron durante el imperio al quedar definitivamente romanizada la Península.

Algunas ciudades tenían leyes especiales, habiendo llegado hasta nosotros las referentes a las ciudades de

Osuna, Málaga y Salpensa, y sus habitantes se dividían en tres clases, a saber: *cives* (ciudadanos); *incolas* (domiciliados), y *hospites y adventores* (transeúntes). Únicamente los primeros podían ejercer los cargos públicos, extendiéndose más adelante el mismo derecho a los segundos. Los habitantes de las localidades incorporadas a una ciudad romana, tenían el carácter de *incolas*.

El pueblo constituía la *Asamblea popular*, reunida por *tribus, curias* o *centurias*. Dichas asambleas elegían a los que debían desempeñar los cuatro cargos principales, conociéndose con el nombre de *duumviro* o *quatuorviro* los que ejercían los más importantes, que venían a ser una especie de

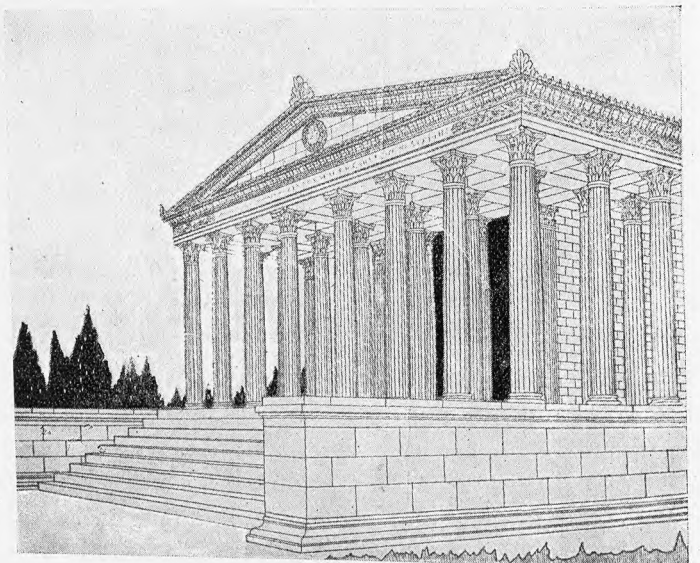


Medallón de Júpiter, descubierto entre las ruinas del templo pagano (Tarragona)



Medallas con el templo de Júpiter (Tarragona)

alcaldes, mientras que los *ediles* cuidaban de las funciones de policía. La *curia* o consejo municipal se componía de



Restauración del templo de Augusto (Tarragona)

diferente número de individuos, que decidían sobre los asuntos que afectaban a la ciudad en los órdenes político, religioso, militar, económico, judicial, etc., siendo por lo